

La Casa Cuba tras la crisis de la Modernidad

Por JORGE FELIPE GONZÁLEZ

La metáfora que alude a Cuba, de manera proyectual, como una sola y gran familia podría rastrear-se en el pasado intelectual de la Nación con altas probabilidades de encontrar vestigios de esta idea. El **deber ser** de lo cubano ha sido un lugar común por parte de aquellos hombres de letras y políticos interesados en diseñar un espacio de convivencia cultural. Este espacio no ha sido, sin embargo, bosquejado con perspectivas inclusivistas, pues los diversos proyectos normativos de la Nación son históricos y, por tanto, comparten todas aquellas omisiones que negociaciones y luchas posteriores han ido eliminando.

La Patria de José Antonio Saco, aquella de los patricios decimonónicos, no es la de Carlos Manuel de Céspedes unas décadas después, como tampoco la de Mañach, Ramiro Guerra o Cintio Vitier. Todas han sido proyectos de Casa Cuba y poseen diferencias obvias que no deben oscurecer la visión de que en nuestra Patria siempre ha habido hombres inspirados en la búsqueda de caminos para la Nación. Para todos ellos Cuba ha tenido un destino, una teleología insular cuya realización última es el abrazo fraterno entre el espacio (la Isla) con sus habitantes (los cubanos) y entre todos como una gran familia.

Los nombres mencionados anteriormente a manera de ejemplos comparten una realidad cultural común, a pesar de sus diferencias epocales, y es que son profundamente modernos, en el sentido de pertenecer a la Modernidad. Reconocen un destino nacional, asumen ese

metarrelato que es cualquier teleología y creen en ella tan firmemente como en la tangibilidad de la Isla. En la actualidad las cosas se presentan de otra manera. ¿Es posible creer en una Casa Cuba tras la crisis de la Modernidad? ¿Somos los cubanos verdaderamente una gran familia? ¿Persigue la Historia o nuestra historia nacional alguna finalidad que tienda cada vez más al abrazo fraterno? Estas son algunas de las dudas que le pueden surgir a un espectador desencantado de los metarrelatos o saturado de discursos nacionalistas unitarios.

En los tiempos que corren, la cultura es el campo desde donde se problematiza la mayor parte de las temáticas sociales. Los estudios culturales se han vuelto invasivos, han colonizado campos que antes se reservaban únicamente a la economía o a la política. Los resultados de esta especie de imperialismo metodológico han sido, en mi concepto, esencialmente favorables. La razón fundamental es que ha flexibilizado análisis que en la Modernidad se presentaban como verdades absolutas, ha complejizado el acercamiento a la realidad y por tanto la visibilización desde ángulos más inclusivistas de esta realidad.

Un ejemplo que se relaciona muy bien con este tópico es el análisis de la identidad. Actualmente no se acepta con tanta tranquilidad que exista algo que podamos definir como **lo cubano**. Pongamos como ejemplo el documental *Close Up*, presentado en la última Muestra de Jóvenes Realizadores que versa sobre las tribus urbanas que se

reúnen todas las noches en la calle G, del Vedado. En el filme se entrevista a un Emo, que como sus congéneres posee una mirada depresiva de la vida. El entrevistado decía que por te-

**¿Es posible creer en una Casa Cuba tras la crisis de la modernidad?
¿Somos los cubanos verdaderamente una gran familia?
¿Persigue la Historia o nuestra historia nacional alguna finalidad que tienda cada vez más al abrazo fraterno?
Estas son algunas de las dudas que le pueden surgir a un espectador desencantado de los metarrelatos o saturado de discursos nacionalistas unitarios.**

ner esta cosmovisión no dejaba de ser más cubano, a pesar de que siempre se insiste en que los cubanos son alegres. Si aceptamos que existe una Casa Cuba debemos, por ejemplo, partir de un concepto determinado de qué es la identidad o reconocer que en esta familia existen varias identidades. Sigamos con este ejemplo a propósito de las reuniones en la calle G. Hace unos meses se publicaron en el periódico *Granma*, en el espacio Cartas a la Dirección, los criterios emitidos por familias preocupadas por esa juventud que se reúne en este espacio del Vedado y malgasta su tiempo, en vez de dedicarlo a la lectura u otro entretenimiento más sano. El criterio, aparecido en el periódico más representativo del Estado cubano, exteriorizaba el análisis de un alguien que hablaba a nombre de un sector

pruebas suficientes de sus nefastos resultados. Una familia puede también sustentarse en la democracia, en la participación desde la diferencia. Pero esto debe hacerse desde un acercamiento más riguroso a las teorías políticas más actuales y no desde perfiles meramente poéticos de la Nación que, en definitiva, tienen una carga ideológica muy evidente y cuando se concretan, pueden resultar peligrosos. La democracia se apoya en la diferencia, pero no en la diferencia de gustos, sino en fuertes antagonismos culturales y concretos. En la arena política la fraternidad es, en la mayor parte de los casos, un recurso instrumental para ganar adeptos. Si los hombres fueran esencialmente fraternos, no serían necesarios ni los sindicatos, ni los grupos de presión, ni las ONGs, ni los organismos interna-

Casa Cuba no podría realizarse en tanto no se reconozca la diferencia entre sus habitantes y por tanto la necesidad de diversos espacios de sociabilidad. No basta sólo con reconocer la diferencia, sino también han de implementarse espacios para que esta se manifieste. Así han de abandonarse etiquetas de identidad, que muchas veces tienen sus raíces en políticas coloniales o disciplinarias, y adoptarse conceptos identitarios diversos. Pero para ello han de desligarse de nociones que no tienen que andar de la mano, como el nacionalismo, el poder político, la Historia y la propia identidad. Cuando se habla de salvar un concepto rígido de la identidad, se defiende, por ejemplo, un proyecto nacionalista de lo cubano y, por ende, ideológico y estricto. Pues, como se sabe, identificarse con un proyecto po-



La Patria de José Antonio Saco, aquella de los patricios decimonónicos, no es la de Carlos Manuel de Céspedes unas décadas después, como tampoco la de Mañach, Ramiro Guerra o Cintio Vitier. Todas han sido proyectos de “Casa Cuba” y poseen diferencias obvias que no deben oscurecer la visión de que en nuestra Patria siempre ha habido hombres inspirados en la búsqueda de caminos para la Nación.

generacional y que proponía políticas educativas y culturales respecto a estos jóvenes.

Lo anterior sirve de pretexto para cuestionarse otra arista problemática que se presenta en el proyecto de la Casa Cuba: ¿Quiénes deciden? ¿Quién o qué grupo se arroga el derecho de dictar las normas más correctas? En una familia el asunto está claro: deben ser los padres. ¿Pero es conveniente realmente constituir nuestra “única y gran familia” sobre presupuestos patriarcales? Creo que el paternalismo político, incluso el bien intencionado, en la historia de la humanidad ha dado

cionales. Desde el pensamiento político racionalista se acepta que el reconocimiento oficial de la diferencia es el pilar de la democracia.

Cuba podría ser una familia, en tanto vive en un espacio compartido, lo que es más evidente en los límites que demarca nuestra condición de insularidad. No obstante, el espacio común no define en absoluto a sus habitantes, pues una casa no garantiza la armonía de sus miembros. Pensemos en uno de los problemas sociales más preocupantes actualmente: la carencia de viviendas, que obliga a la convivencia intergeneracional y genera conflictos obvios. La

lítico implica reconocer que somos una familia fraterna con semejanzas evidentes y, por lo tanto, con una historia y una identidad compartidas.

Abandonar un concepto estricto de la identidad conduce irremediablemente a reconocer un espacio común, pero no orgánico. La tierra, la patria, deja de ser madre que produce hermanos y se convierte así en sólo un espacio que debe ser de todos, pero que no es patrimonio del que más le sirva. Porque el

BÚSQUEDA

espacio insular es material, pero en él debe haber espacios culturales diversos y contradictorios. No debe creerse que uno de estos espacios culturales, con sus grupos, debe ocupar posiciones especiales sencillamente porque sirven más a la Patria. Reconocer estas diferencias, y por ende los espacios participativos que han de tener, conduce en términos políticos a una flexibilización mayor y a un inclusivismo democrático. Pero para ello, para el efectivo funcionamiento de la democracia, debemos partir del reconocimiento de las diferencias, pues de lo contrario se llega a la siguiente lógica: si todos tenemos intereses similares, que sublimamos en el amor a **lo nuestro**, se puede producir un sistema político amparado ideológicamente en una unidad de pareceres que no existe. De buenas intenciones está empedrado el camino al infierno.

El otro aspecto principal para llegar a una armonía desde la diferencia, y en el amor a la diferencia, más que al espacio, consiste en abandonar o reformular la idea de que tenemos una Historia compartida. Una definición sintética de Historia, que puede ser objeto de estudio para determinar el pasado de Cuba como casa-familia, es aquella que ofreció Pierre Bordieu al catalogarla como **capital simbólico**. De esta manera la historia como descripción o análisis sobre el pasado se desplaza del plano de lo **real** al cultural, al simbólico, al ideológico, etc.

En el caso de la historiografía cubana, una de sus mayores obsesiones ha sido lo nacional. Una historia nacionalista es irremediablemente, en menor o mayor grado, una historia teleológica. La narración tiene varios personajes, principales o secundarios, que consciente o inconscientemente caminan al *telos* que es la Nación. Implican estas narraciones sobre el pasado un argumento central que en muchas ocasiones es excluyente. Dependen estos relatos de conceptos, casi nunca explícitos, de lo que el autor entienda por lo cubano, el bien patrio, los deberes de los cubanos, la axiología política, etc. Si descentramos la relación entre nación-política-identidad, es decir le quitamos la verticalidad autocrática con que ha sido

**La Casa Cuba no
podría
realizarse en
tanto no se
reconozca la
diferencia entre
sus habitantes y
por tanto la
necesidad de
diversos espacios
de sociabilidad...**

**Así han de
abandonarse
etiquetas de
identidad, que
muchas veces
tienen sus raíces
en políticas
coloniales o
disciplinarias,
y adoptarse
conceptos
identitarios
diversos.**

analizada, obtendremos como resultado una reformulación de **la historia compartida**. Al no existir una identidad común, al reconocer que esta es más una voluntad ideológica que una realidad tangible, al aceptar que las narraciones sobre el pasado son negociaciones y espacios en conflictos, de apropiaciones y legitimaciones, reconoceremos la vacuidad de una Historia única.

En cambio sí creo que la narración sobre el pasado puede sernos más común en tanto colectividad, siempre que reconozcamos la fragmentación propia de nuestro presente y nos propongamos reconocer que el pasado no es un puente tendido de un solo carril hacia el ahora. Cuando surgieron la historia social, como recurso metodológico del oficio de historiador, la historia de la

vida cotidiana, el estudio de las culturas marginales, etc; pretendían desmontar los grandes metarrelatos que tenían finalidades ideológicas de uniformidad social. En Cuba en esto se ha avanzado bastante, sobre todo después de los 90, y los resultados han sido los esperados: los relatos que han tomado como centro lo nacional han simplificado la realidad, cercenándola instrumentalmente. El pasado existió, de manera plural, el relato lo hacemos nosotros. Reconozcamos que no existe un único guión, una sola trama central, sino que los actores sociales son diversos y no están divididos en malos y buenos. Que la historia no es sólo de voluntades, sino también de circunstancias y que, de esta manera, podamos aceptar que la democracia del ahora ha de erigirse desde el ayer, desde el reconocimiento de que el capital simbólico ha de ser administrativo en claves de pluralidad.

La Casa Cuba ha de pensarse desde claves más actuales, pues las ciencias sociales han progresado y no podemos seguir anclados en los discursos verticales que sobre la Nación han elaborado nuestros padres. Pensemos en la posibilidad de una historia común en la diferencia, donde lo común tenga menor peso que la diferencia. Un relato sin teleología, y por ende sin personajes protagónicos. Que esto a su vez no excluya la posibilidad del diálogo, pues sólo en él se encuentran los espacios comunes de convivencia. Una historia del diálogo, con espacios culturales autónomos de intereses políticos, con una compartimentación de la realidad en los campos que a cada espacio le es consustancial. Una familia sin que la madre sea la patria y el padre, el que mejor le sirva. O mejor aún, al no ser hijos de una historia compartida, al no salir de las "entrañas de la Patria", pensémosnos más como una **comunidad** de amigos que nos respetamos y tenemos como proyecto que la sociedad cada vez más visibilice lo que nos hace diferentes y no iguales.



BÚSQUEDA